

Estudios de Historia Religiosa argentina (siglos XIX y XX)

Ana María T. Rodríguez

editora



prohistoria
ediciones



EdUNLPam

Ana María T. Rodríguez es Profesora Adjunta en la Facultad de Ciencias Humanas y en la Facultad de Ciencias Económicas y Jurídicas de la Universidad Nacional de La Pampa, Argentina e Investigadora del Instituto de Estudios Socio Históricos de la misma Casa. Actualmente dirige el proyecto *El proceso de construcción del campo religioso pampeano: consensos, tensiones y conflictos (1884-1955)* en el marco del Programa de Estudios en Historia Regional, Programa de Incentivos a los Docentes-Investigadores del Ministerio de Cultura y Educación, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de la Pampa. Su campo de investigación es la historia social de la religión.

Índice

Palabras preliminares	
Ana María T. Rodríguez	9
Prólogo	
Roberto Di Stefano	11
Religión y formas de producción de etnicidad: la Iglesia Anglicana en la Argentina	
Paula Seiguer	17
Las misiones anglicanas y la colonización galesa en el sur argentino	
Una aproximación a la situación socio-religiosa de los territorios patagónicos (ca. 1840-1883)	
Eric Morales Schmuker	41
La dinámica misionera salesiana a través de la administración sacramental en la Patagonia (fines del siglo XIX y principios del siglo XX)	
María Andrea Nicoletti	59
Prácticas asociativas seculares, poder y política	
Masones en Neuquén y espiritistas en La Pampa en la primera mitad del siglo XX	
Marisa Moroni - Susana Bandieri	85
“¡Viva María Auxiliadora! ¡Viva Don Bosco! ¡Vivan los peregrinos!”	
La peregrinación al Santuario de María Auxiliadora en La Pampa	
Ana María T. Rodríguez - Mariana Funkner	107
Modelar la masculinidad cristiana: prácticas corporales en los Exploradores Argentinos de Don Bosco (primera mitad del siglo XX)	
Pablo Ariel Scharagrodsky - Stella Maris Cornelis	119
Dios no creó a la mujer para bibelot	
Revistas católicas femeninas de la década de 1920: el caso de Noel	
Miranda Lida	147
Democracia cristiana y catolicismo integral en la Argentina de entreguerras: el itinerario intelectual y militante de Ramón Doldán	
Diego Mauro	171

El arte al servicio de la religión: la epopeya salesiana pampeana en imágenes Mariana Anecchini - Rocío Guadalupe Sánchez	197
Los autores y las autoras	229

PRÓLOGO

ROBERTO DI STEFANO

Aunque tratan sobre temas, períodos y problemas diferentes, los trabajos que reúne este volumen poseen varios rasgos en común. Uno de ellos es la intención de encarar el estudio del pasado religioso argentino tomando distancia de toda mirada apologética. Esa distancia no implica la negación de la ineludible subjetividad de toda actividad intelectual, pero sí la renuncia a hacer de la historia un campo de batalla para dirimir conflictos del presente. En el caso de la historia religiosa, esa opción establece una divisoria de aguas respecto del modo en que por regla general se la cultivaba hasta no hace muchos años. No me refiero sólo a la apologética religiosa, que acudía a la historia para ensalzar la acción de las Iglesias o comunidades confesionales, sino también a una apologética laica, a menudo expresión de ideologías antirreligiosas y particularmente anticatólicas. Decía Michel De Certeau que el estudio de la historia religiosa era posible en la medida en que la religión podía ser observada desde afuera. Creo que el relativo retraso de nuestra historiografía religiosa respecto de las de otros países se explica, al menos en parte, por el hecho de que hasta no hace mucho esa exterioridad era más difícil de lograr. En el caso del catolicismo, quienes se ocupaban de su historia difícilmente podían sustraerse a las polémicas en torno al lugar de privilegio que ocupaba en el campo religioso y en la vida nacional.

El volumen refleja otros cambios significativos en la historiografía religiosa. Pienso en la creciente atención que han ganado las múltiples formas de apropiación de la religión y en la variopinta galaxia de actores que gracias a ella hemos ido descubriendo. De una historia religiosa centrada en las instituciones y en sus discursos, hemos transitado hacia otra más atenta a los procesos de recepción y a los usos de la religión. Pienso también en otras evoluciones positivas, como el cada vez más intenso diálogo que los historiadores hemos establecido con los cultores de otras disciplinas dedicadas al estudio de los fenómenos religiosos, en particular la sociología y la antropología, y en los avances en el estudio de temas y períodos que hace treinta años esperaban pacientemente nuestra atención. Por entonces el período de entreguerras y el primer peronismo gozaban ampliamente de las preferencias, de una especial consideración que a partir de los noventa se vieron obligados a compartir con el período colonial tardío y el primer siglo XIX. Esas inclinaciones guardaban relación con otras

tendencias de la historiografía y con el clima político de la época: la primera se vincula con el interés por las raíces del autoritarismo y el militarismo que la dictadura militar había llevado a su máxima expresión. La segunda, con la profunda renovación que experimentaron los estudios de historia social, económica y política del período que asistió a disolución del orden colonial.

Los trabajos que reúne el volumen constituyen una buena muestra de nuevos intereses y marcos teóricos en juego, así como de las preferencias temáticas y cronológicas que han venido a complementar –cuando no a poner en discusión– los estudios realizados en las décadas de 1980 y 1990. Para empezar, casi todos concentran su atención en el período que media entre las llamadas “leyes laicas” del decenio de 1880 y el tradicional punto de inflexión de 1930, el año que las cronologías más aceptadas en los '80 habían elegido como comienzo del “renacimiento católico” de entreguerras. La excepción del ensayo de Eric Morales Schmuker es sólo parcial, desde que el corazón de su tesis doctoral en curso se sitúa también en el período 1880-1930. No es casual la unánime elección de esos decenios y sus problemáticas, desde que ella se relaciona con la puesta a debate de los alcances y significados del “renacimiento católico” y de la supuesta debilidad de la Iglesia Católica en el período previo, debate que a su vez remite a las discusiones en torno a la naturaleza, los significados y los alcances del proceso de secularización.

El estudio de Ana Rodríguez y Mariana Funkner sobre la primera procesión al Santuario de María Auxiliadora de Toay responde a un interés por las movilizaciones católicas que toca relevantes cuestiones teóricas, en primer lugar el espinoso tema de la desprivatización de la religión como rasgo inherente al proceso de secularización. El trabajo ilustra bien el contexto en que la procesión tuvo lugar, en medio de un proceso de movilización mayor que se verificó en esos mismos años en el Territorio Nacional pampeano –manifestaciones por la provincialización del territorio, marchas de los trabajadores del agro y de los cooperativistas–, así como las relaciones de los salesianos con los poderes públicos, con las organizaciones de la sociedad civil y con diversos sectores productivos. El estudio muestra además, tras las huellas de los trabajos de Diego Mauro y Miranda Lida sobre las movilizaciones propias del “catolicismo de masas” de la primera mitad del siglo XX, que las motivaciones de los concurrentes solían conjugar la devoción con el consumo y la recreación, factor que los organizadores solían tener bien en cuenta. El papel activo que asumieron las mujeres ante el desafío de “invadir” un espacio público característicamente masculino, y la conjunción de significados patrióticos y religiosos que asumió la movilización, son otros elementos centrales del trabajo. Creo que sería importante profundizar en el significado de esa movilización para la construcción del relato histórico de la Pampa misionera, el impacto sobre las representaciones del pasado que implicaba la lectura de ese presente pampeano como fruto maduro de la “sagrada gesta misionera”.

En las páginas que Rodríguez y Funkner dedican a la peregrinación de 1924 pueden detectarse los principales ejes que atraviesan el volumen en su conjunto. Uno de

ellos es el de las identidades nacionales, étnicas, religiosas y de género. La cuestión de los vínculos entre identidad nacional y religiosa es central en el estudio de Paula Seiguer, que aborda las relaciones que median entre la *Englishness* y el ser protestante en un país de mayoría católica. El ideal de unidad religiosa y lingüística como forma de conservación de una identidad nacional dotada de connotaciones místicas —la nación inglesa como pueblo elegido—, centro de las preocupaciones de los pastores y de los dirigentes de la elite comunitaria, cristaliza en iniciativas que privilegian la creación y articulación de iglesias y escuelas orientadas a dar respuesta a la pregunta de cómo ser inglés y anglicano en la Argentina católica. Las iglesias anglicanas se perfilan, de ese modo, no sólo como refugios de etnicidad, sino también como espacios generadores de identidades —étnicas y religiosas— nuevas. Preocupaciones similares animan a algunas de las comunidades protestantes que protagonizan el relato de Eric Morales Schmuker, dedicado a la historia de las misiones anglicanas y de la colonización galesa en el extremo sur argentino antes de su incorporación al país bajo la forma de territorios nacionales. También esas poblaciones evangélicas del país del viento encontraron en la religión un resguardo para su identidad étnica y vivieron la tensión que implicaba conjugar ese mandato con el de hacer prosélitos de Cristo en los más remotos confines de la tierra. La pluralidad de identidades religiosas en juego en el siglo XIX patagónico no carece, por otra parte, de relevancia para la comprensión de las singularidades espirituales que ostenta hoy la región, que según las estadísticas es la menos apegada a la tradición católica.

El estudio de María Andrea Nicoletti y el de Mariana Anecchini y Rocío Sánchez reflexionan también sobre la formación y reproducción de identidades étnicas, nacionales y religiosas, en su caso a través del análisis de diferentes aspectos de la dinámica misionera católica. Nicoletti acompaña a lazaristas y salesianos en sus misiones volantes para observar las modalidades de la praxis pastoral, de la predicación y sobre todo de la administración de los sacramentos. Entre las preocupaciones de los religiosos figura la problemática que comporta la transmisión de un mensaje religioso inseparable de rasgos culturales ajenos al universo mental y espiritual de los indígenas a los que intentan “evangelizar”. Mientras algunos de los sacramentos —como el bautismo— son al parecer susceptibles de ser asimilados a ciertos ritos indígenas, otros —como la confesión, el matrimonio monógamo o la extremaunción— presentan en cambio dificultades en buena medida irresolubles. No menos arduas son las dificultades que impone, en el plano metodológico, el estudio de la incidencia de la religión en un proceso de mestizaje cultural que las fuentes disponibles nos obligan a abordar a través del filtro de la interpretación del misionero. Queda claro, sin embargo, que la nueva identidad religiosa —el ser católico— comporta en buena medida la negación de una étnica —el ser indígena— en pos de la inoculación de rasgos culturales —los propios de la “civilización”— que se juzgan indispensables para la asimilación, por parte de los sometidos, de una identidad nacional —la argentina—.

Annechchini y Sánchez encaran otro costado de la historia de las misiones católicas: el de la construcción y cristalización de un relato capaz de articular coherentemente el pasado misionero con determinados diagnósticos del presente de la Iglesia y de la sociedad. El documento al que apelan, no escrito sino pintado, es el conjunto pictórico que adorna el monumento al padre Ángel Buodo en la Provincia de La Pampa. Tras las huellas de la antigua tradición cristiana de la *Biblia pauperum*, las imágenes que componen el corpus sitúan en el marco de la *historia salutis*, sin palabras casi, las vicisitudes de misioneros, militares, indígenas y colonos. El padre Buodo es misionero ejemplar de la orden salesiana, que en la historia pampeana es sinónimo de Iglesia Católica. Pero las imágenes que analizan las autoras reflejan más bien la idea de que la evangelización no es tarea exclusiva de los salesianos ni de la Iglesia, sino de la nación católica: aunque Buodo es, obviamente, el principal protagonista, las mayólicas no dejan de recordar que Estanislao Zavallos plantó en 1879 una cruz en Butachadihué y que el general Campos condujo en 1882 a la Virgen fundadora de General Acha. La cruz y la espada, que comenzaron con Colón la conquista material y espiritual de América, concluyen cuatro siglos después su misión civilizadora y evangelizadora con la llamada “Conquista del Desierto”. El modelo que reúne y armoniza las fuerzas entonces contendientes, la de los vencedores y la de los vencidos, es Ceferino Namuncurá, en quien se cruzan las identidades indígena, católica y argentina. El mensaje ilustra elocuentemente el momento político-religioso en que el monumento fue concebido y construido, el de las celebraciones del centenario de la llamada “Conquista del Desierto” durante la última dictadura militar.

Dos trabajos abordan la problemática de las identidades de género, que en más de un punto se vinculan con la cuestión omnipresente de la identidad nacional. El de Pablo Scharagrodsky y Stella Maris Cornelis relaciona el surgimiento de los exploradores de Don Bosco con el auge de experiencias recreativas y deportivas, orientadas a transmitir valores morales, viriles y patrióticos, que tuvo lugar en las primeras décadas del siglo XX. Las alternativas confesionales, como la de los exploradores y más tarde la del *scoutismo* católico, ponen desde luego el acento en la transmisión de valores religiosos y en la identificación de los destinos de la patria y de la fe. Pero además modelan la relación del niño con su cuerpo —a través de reglas de higiene y salud— y con su sexualidad, reforzando más que alterando los ideales de virilidad y femineidad vigentes en la sociedad de la época. El ocio y la soledad son los grandes enemigos de la virtud cristiana, a los que se combate con una batería de antidotos que incluyen el contacto con la naturaleza y un buen número de actividades deportivas y lúdicas. Los varones se educan en la disciplina, el dominio de las pasiones y los sentidos, el cultivo de las virtudes viriles, el patriotismo y la religión. Orientada a los pobres, la experiencia de los exploradores ofrece un ámbito resguardado de los peligros del ocio y de la calle para niños a los que se busca formar como ciudadanos morales, laboriosos y religiosos. Creo que se podría profundizar en la analogía fisiológica que subyace a esta experiencia, que tal vez refleje los vínculos anclares que el catolicismo postula

entre cuerpo y alma y sociedad e Iglesia. En ese sentido, la educación de los cuerpos y de la sexualidad puede representar simbólicamente la tutela que la Iglesia reclama para sí sobre la vida secular.

De identidades y relaciones de género se ocupa también el trabajo de Miranda Lida sobre el movimiento noelista, experiencia que ilustra bien la complejidad del mundo católico de entreguerras: la pluralidad de voces que lo habitan —contra un estereotipo que lo quiso monolítico—, la autonomía respecto de las orientaciones de la jerarquía con que algunas de ellas se expresan y su permeabilidad frente a los cambios que atraviesan la cultura occidental, que repercuten en su seno a través de procesos de recepción diferenciados. La Argentina de entreguerras no permanece ajena a las transformaciones que se verifican en el lugar social de las mujeres, que intensifican su participación en ámbitos tradicionalmente reservados a los hombres. Tampoco permanece ajeno a ese fenómeno el catolicismo, en cuyo seno cobra forma una sensibilidad femenina más abierta a las nuevas tendencias, particularmente visible en las jóvenes de clases medias y altas urbanas que adhieren al noelismo. Si el lugar de las mujeres en la Iglesia era ya relevante, sobre todo a partir de la generalizada desertión masculina del siglo XIX —que entre otras cosas liberó para ellas ciertos espacios, particularmente en asociaciones de caridad o consagradas a la devoción—, el movimiento noelista pone en discusión las modalidades tradicionales de esa participación, crea espacios autónomos de reflexión y se plantea cuestiones vinculadas a la inserción de la mujer católica fuera de los muros de la Iglesia. Las inquietas jóvenes noelistas frecuentan los cines, los salones de té, los bailes, los teatros, las salas de concierto y los museos, y no se reúnen en las iglesias, sino en casas de familia. Se jactan de moverse solas —es decir, sin compañía masculina— por la inmensa y cosmopolita Buenos Aires, y se preocupan por temas candentes para su género como el del feminismo, el sufragio y los derechos civiles de la mujer. Los cambios ideológicos e institucionales de la década de 1930 habrían recortado los márgenes de acción y autonomía de una experiencia que, si bien avalada por la jerarquía eclesiástica, no había dejado de despertar en ella ciertos resquemores y recelos. Así, la creciente aceptación de discursos favorables a la recuperación del lugar tradicional de la mujer, promovido por publicaciones de tanta influencia como *Criterio*, sumada a la presión eclesiástica sobre las organizaciones laicales para que se sumaran a la Acción Católica renunciando a su autonomía y especificidades, no serían ajenos a la desaparición de esta singular experiencia católica.

Marisa Moroni y Susana Bandieri, en su estudio sobre las logias masónicas nequinas y sobre las asociaciones espiritistas pampeanas de comienzos del siglo XX, muestran el lugar prominente del anticlericalismo en la modelación de las identidades políticas e ideológicas que cimentaron tales experiencias. Aunque aun conocemos mal los vínculos entre masonería y espiritismo, es claro que si algo los unió —más allá de los eventuales vínculos políticos y económicos que entablaron entre sí algunos de sus miembros— fue la común adhesión a las ideas laicistas y anticlericales que buscaban reducir el margen de acción de la Iglesia Católica, por entonces en pleno proceso de

expansión. Por otra parte esas ideas, aderezadas con otras de cuño cientificista y evolucionista que por entonces gozaban de amplia aceptación, parecen haber permitido la convergencia de esas experiencias con el naciente socialismo. El anticlericalismo permite el diálogo entre hombres provenientes de disímiles vertientes ideológicas y de diferentes latitudes, a la vez que anima un “asociacionismo secular” que se erige en intermediario entre la incipiente sociedad civil y el poder político y ejerce un rol nada desdeñable en la conformación de las sociedades territorianas.

Como tampoco pueden desdeñarse, nos advierte Diego Mauro, ciertos cruces entre las tradiciones liberales y católicas del primer siglo XX que pasaron mayormente inadvertidos para la historiografía predominante en la década de 1980. La imagen monolítica que del catolicismo primó entonces está dejando paso, argumenta el autor, a una historiografía sociocultural más atenta a los matices, así como a los múltiples usos y apropiaciones de los desarrollos ideológicos de la época. A través del periplo de Ramón Doldán, católico social santafesino, Mauro ilustra acabadamente las deficiencias de esas visiones dicotómicas para dar cuenta de la complejidad de las tramas católicas y del pensamiento de algunos de sus intelectuales. Un lenguaje común, advierte agudamente Mauro, puede esconder enormes diferencias en cuanto al valor de conceptos clave como lo son los de democracia, corporativismo, liberalismo o modernidad. El caso de Doldán muestra que el hispanismo católico, sin renunciar a sus cuestionamientos al liberalismo y a la modernidad, podía conjugarse armoniosamente con la antropología positiva de Maritain y Mounier, y hasta con la influencia de vertientes laicistas del nacionalismo cultural, para proponer una visión pluralista de la política y del movimiento obrero y un lugar para la Iglesia y para la religión muy distinto del que reclamaban otros sectores de la Iglesia.

En síntesis, el volumen que compila Ana Rodríguez es una muy buena muestra del tipo de historiografía religiosa que se está desarrollando actualmente en la Argentina, más atenta que antes a la multiplicidad de las expresiones religiosas y más propensa al diálogo con otras disciplinas, más preocupada por el modo en que lo religioso se conjugó con otras visiones del mundo y por su incidencia en la delineación de identidades individuales y colectivas. Por ese motivo, creo que el libro constituye un aporte relevante a la reflexión de quienes dedican tiempo y energías al estudio de estos temas, que sin lugar a dudas lo sabrán apreciar como merece.

A través de un recorrido por diversas temáticas –la movilización católica, la misiones salesianas, las misiones protestantes, las mujeres y el catolicismo, la construcción del cuerpo y el catolicismo, la etnicidad y la religión, las minorías religiosas y sus prácticas asociativas– los autores y las autoras de los trabajos reunidos en este libro se insertan en los debates historiográficos de la historia de la religión desde una perspectiva académica.

Sin desconocer los procesos sociales, culturales y políticos, el libro enfrenta nudos problemáticos que forman parte de un campo de estudio relativamente nuevo: la historia social y cultural de la religión.

ISBN 978-987-1855-47-6



Colección Estudios y Problemas - 3
Dirigida por María Silvia Di Liscia